



Maldita TV

Blancanieves y su olfato demencial: a dos metros de mi distancia era capaz de saber si yo había estado comiendo empanadas de marisco en Lengua el día anterior, o panuncándome picorocos a la parrilla en la patria libre de Chiguayante el mes pasado.

Cada vez que Blancanieves aparecía se trataba de un asomo precario, frágil como su nariz de princesa sin reino. Y sin embargo era una becatombe, una tormenta en los pobres cielos en que se basaba mi existencia. Ahí llegaba con su rostro recién lavado, con su bolso de guerrillera, como si la hubiesen echado de casa. Preguntaba por el orden de las cosas, por las tareas pendientes y -de paso- por el orden del universo, para ver si todo estaba en su lugar desde la última oportunidad en que se marchó para siempre de la ciudad, lo que jamás fue una amenaza valedera, para mi felicidad, o para mi desgracia, que es lo mismo.

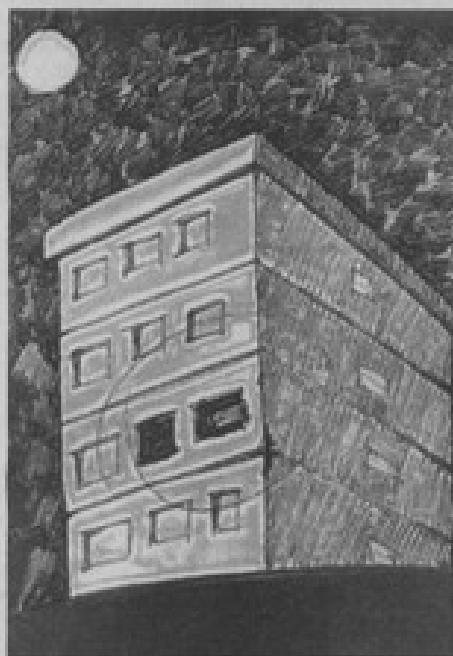
Blancanieves y su olfato demencial: a dos metros de mi distancia era capaz de saber si yo había estado comiendo empanadas de marisco en Lengua el día anterior, o panuncándome picorocos a la parrilla en la patria libre de Chiguayante el mes pasado. Nada se le pudo ocultar a su nariz blancuecina, a sus uñas pintadas de carmín, o a su atuendo de bruja buena del sur. De muy al sur.

Será por eso que aquella vez me descubrió tan en descampado, tan a merced de su temporal.

Llegó, saludó con los ojos, encendió un cigarro y me preguntó por alguna novedad. Allí comenzó mi desgracia, una vez más, digamos, una vez más.

-Estoy trabajando en televisión- le dije, con cierto raso de orgullo errado, con un toquecito de arrogancia idiota.

Blancanieves sumó un cilindro más a su fumarola, se permitió todas las pausas posibles, me agarró por el lado derecho del cuello con la delicadeza de una pantera con hambre, y volvió a preguntar si yo tenía alguna novedad.



-Estoy trabajando en televisión- le dije. Y ahí comencé a contarle los detalles de la terna empresa de fundar un canal televisivo universitario, de la esperanza de que podría ser una propuesta distinta, de los programas, de las dificultades para aguantar a un director general que era un politicastro barato, de boca hedionda y apellido extranjero, o al comisario político que nos había impuesto el Presidente de la República, nada menos, cuyo aspecto de jabali dio pronto origen al apodo nada cariñoso de Don Jaba. Ay, qué tremenda lata le habré dado a Blancanieves, de puro ciego, de puro torpe.

Blancanieves fumaba con un estilo tan refinado que habría deseado que se fumase mi vida. Y ahora que lo pienso, capaz que mi vida se me haya escapado en forma de anillos saliendo de entre sus labios. ¡Ahí está la explicación!

Cada vez que Blancanieves se me acercaba en una pausa de su huida permanente, se trataba de un minuto frágil que uno debía recoger co-

mo quien agarra una extinta mariposa por sus alas. Y yo tenía que cumplir mi deber de gran bestia, tenía que asustar la otra vez con mi parlamento de chanchito viejo, de bacalao ingenuo y desatinado:

-Estoy trabajando en televisión.

Y repetí mi cantinela. Y ella me miraba con sus ojos glaucos, calculando la densidad del aire, restregando las mangas de su chaleco verde y agachando su cabeza como cuando uno visita a un enfermo terminal. Anótenme ahí.

A la vuelta de los años, cuando Blancanieves dejó de asomar su nariz por mis ciénagas amargas, deduzco que ella siempre quiso ser la princesa de mis pensamientos, la primera persona, el referente único y directo, el centro de mi universo. Por cierto, sin esperar nada a cambio, sin entregar nada a cambio. Bueno, vale, se lo merecía.

Por eso, cuando le conté mi feliz noticia de que estaba trabajando en televisión, ella aguantó unos minutos más, no se le oyó una palabra, me dio dos besos extras de limosa, apagó su cigarro, giró la cabeza y se marchó. Desapareció. Fue la última vez que besé a Blancanieves, cómo no lo voy a recordar, si me dejó aquí en mi tragedia de trabajador de televisión, engrupido por la posición de las cámaras, urgido por la calidad del sonido, por la pertinencia del guión. Envenenado por dentro, podrido del alma, porque la televisión envenena el alma. Triste verdad que recién entiendo ahora, muchos años después frente al pelotón de fusilamiento, y que me fue anticipada por Blancanieves, allá por el año mil, con el simple expediente de su ausencia.

De su tradicional ausencia, aclárennos.

Tito Matamala.

Maldita T.V. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Maldita T.V. [artículo]. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile